

El totalitarismo horizontal en la vida y en la literatura



Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, 2019

La opresión y los gravísimos crímenes de las dictaduras fascistas y comunistas desde 1917 hasta hoy han dado lugar a una amplia bibliografía tanto académica como literaria. Hablar de este tipo de totalitarismo impuesto de arriba abajo, verticalmente, sigue siendo útil, aunque la amenaza que representaría para las sociedades occidentales parece hoy insignificante. A la derecha del espectro político, los movimientos nacional-populistas que están experimentando cierto auge actualmente en diversos países europeos y americanos rara vez cuestionan el funcionamiento democrático de las instituciones, ni tampoco reprimen penalmente a sus opositores y disidentes. A la izquierda, lo mismo puede decirse de los movimientos social-populistas que también están en auge en determinados países de Europa y América; hasta aquellos que se declaran herederos del comunismo rara vez son partidarios reales de imponer una dictadura proletaria totalitaria según el modelo soviético. Ni siquiera regímenes como los actuales venezolano y nicaragüense han conseguido establecer hasta ahora un totalitarismo vertical propiamente dicho, ya que ni siquiera se han mostrado capaces de ofrecer el orden interior garantizado por el totalitarismo vertical, ni de controlar políticamente por completo a sus ciudadanos. La única dictadura comunista totalitaria que se mantiene en Occidente, a la espera de su posible evolución hacia el mero autoritarismo, es la cubana.

Su pervivencia tal vez se puede explicar por su éxito a la hora de combinar el totalitarismo vertical con otro del que casi nadie habla, pero que parece mucho más potente y efectivo. En el caso de Cuba, la temprana fu-

sión de la ideología comunista con un arraigado sentimiento nacionalista, atizado por el bloqueo decretado por Estados Unidos, ha facilitado sin duda que al terror ante la represión totalitaria del Estado se sume un temor mucho más difuso y eficaz a la reacción negativa de los vecinos y la comunidad ante cualquier disidencia contra el régimen, porque cualquier ataque contra este parece entenderse como un ataque a la nacionalidad supuestamente amenazada por el imperialismo yanqui. La policía política del régimen no suele necesitar intervenir directamente contra los conatos de manifestaciones, porque hay un número suficiente de ciudadanos que salen a la calle a insultar y reprimir de palabra y obra a quienes osan manifestarse contra las autoridades nacional-comunistas del país. Allí hasta parecería impensable que la población se manifestase en masa contra la opresión vertical que padece, a diferencia de lo que ocurrió en los países sometidos al yugo soviético en Europa oriental. En estos, el comunismo siempre fue vertical, impuesto desde arriba, y no llegó a calar en la mentalidad colectiva. Frente a la minoría opresora formada por los gobernantes y comisarios políticos comunistas, la inmensa mayoría de la población era igualmente víctima y sentía mayoritariamente esa opresión como ajena a sus valores, convicciones y sentimientos colectivos. Esto impidió en estos países la exitosa combinación de totalitarismo vertical y horizontal que parece haberse producido en Cuba, afortunadamente como excepción. Afortunadamente, porque pocas cosas hay más persistentes que una sociedad en la que impere el totalitarismo horizontal. Ni siquiera Hitler preveía que su *Reich* durara más de



El totalitarismo horizontal en la vida y en la literatura

mil años. En cambio, existe al menos un ejemplo de totalitarismo horizontal que ha durado no mil, sino más de veinte mil años. Ha existido una sociedad en la que el totalitarismo horizontal tuvo tal éxito que, sin necesidad de Estado ni de institución alguna, la mera presión social del prójimo hizo conservar una cultura y unas costumbres sin grandes cambios esenciales durante ese larguísimo período, y se puede conjeturar que todavía habría durado más todavía de no haber llegado a desembarcar el capitán Cook en Australia. Los aborígenes de esa isla-continente sugieren la potencia del totalitarismo horizontal como tipo de organización capaz de formatear a las personas de forma que desaparezca prácticamente cualquier iniciativa individual que haga variar las costumbres e introducir nuevas maneras de hacer las cosas. Los aborígenes australianos no necesitaban mandar a la hoguera a quienes rompieran tabúes o se negaran a seguir los ritos tradicionales. Bastaba con que sus semejantes los excluyeran de palabra y obra de la comunidad, y perecían solos en el desierto.

En otras sociedades tecnológicamente algo más avanzadas e ideológicamente algo menos sólidas comunitariamente, sí ha hecho falta una represión institucional para eliminar la disidencia respecto a la ideología y el comportamiento totalitarios horizontales. En muchos lugares, un clero profesionalizado asumió pronto la responsabilidad de fijar las leyes de la comunidad y de hacerlas cumplir mediante la persecución penal de los pecados, entendidos estos sobre todo como delitos contra la sociedad o más bien, contra el mantenimiento de su control totalitario de las mentes de los individuos. Es el caso, por ejemplo, del sacerdocio hebreo antiguo, cuyas sentencias las ejecutaba colectivamente el pueblo mediante la lapidación, lo que indica a su vez que el castigo no era responsabilidad de una autoridad que hiciera aplicar su voluntad de arriba abajo, sino de los vecinos y conocidos del pecador/infractor. Era la comunidad la que

asumía y ejecutaba la facultad de castigar. Con el tiempo, el Estado fue asumiendo ese poder y sustituyendo el orden horizontal primitivo por otro vertical, hasta su culminación

Los aborígenes de esa isla-continente sugieren la potencia del totalitarismo horizontal como tipo de organización capaz de formatear a las personas de forma que desaparezca prácticamente cualquier iniciativa individual que haga variar las costumbres e introducir nuevas maneras de hacer las cosas.

en el fascismo y el comunismo contemporáneos. Hoy en día, salvo la utilización para sus propios intereses por la dictadura cubana y otras que aspiran a imitarla en la América de lengua española, el totalitarismo horizontal ha perdido su poder institucional prácticamente en todos los sitios y civilizaciones, incluida Australia, cuyos aborígenes, al igual que los de Nueva Guinea, han tenido que aceptar el respeto moderno del individuo y la separación, al menos teórica, de religión, etnia y Estado. Sin embargo, eso no quiere decir que el totalitarismo horizontal sea cosa de tiempos lejanos. Incluso sin tener un poder institucional establecido, su poder social sigue oprimiendo a las personas en demasiados lugares, también en



El totalitarismo horizontal en la vida y en la literatura

el Occidente moderno. A diferencia del totalitarismo vertical, el horizontal no necesita en absoluto dominar las instituciones públicas para existir y aplastar al individuo, porque les es anterior e independiente.

De hecho, el totalitarismo horizontal se ejerce sin necesidad de dominar el poder, porque no necesita institución alguna para acabar con sus disidentes. Es un totalitarismo contra el que es difícil luchar, porque sus agentes pueden ser cualquiera, porque no es perceptible ni siquiera para quienes lo practican con entusiasmo en la vida cotidiana. Hablamos del totalitarismo horizontal, es decir, del totalitarismo ejercido por la mayoría de los miembros de una comunidad determinada que oprime a otros miembros de esa comunidad que no se atengan a sus normas no escritas, contra sus minorías, contra todos quienes son vistos como elementos perturbadores o como amenazas contra la homogeneidad de la comunidad como un ente único y total. En el totalitarismo horizontal, no hacen falta autoridades externas que impongan su voluntad y contra las que la comunidad de oprimidos puede rebelarse. Como la masa de opresores y la minoría de oprimidos se encuentran al mismo nivel, los perseguidos apenas pueden contar con la solidaridad de otros disidentes, porque se encuentran aislados e impotentes en medio de la masa que aplica la ley no escrita de la uniformidad de costumbres y de la unidad totalitaria de la comunidad.

De hecho, el totalitarismo horizontal se ejerce sin necesidad de dominar el poder, porque no necesita institución alguna para acabar con sus disidentes.

A algunos parecerá excesivo calificar de totalitaria esta opresión horizontal. Sin embargo, sus consecuencias para las personas y las sociedades son incluso más graves que las del propio totalitarismo vertical. Es incalculable el número de personas fallecidas a manos de sus vecinos y paisanos desde el comienzo de los tiempos, aunque seguramente es mayor que el número de víctimas del totalitarismo vertical. ¿Cuántas mujeres musulmanas han muerto lapidadas por sus vecinos por no atenerse a la moral sexual del pueblo? ¿Cuántos hombres y mujeres hindúes han sido asesinados por parientes por haber osado emparejarse fuera de su casta? ¿Cuántos individuos han perecido por no creer en los dioses de la tribu? ¿Cuántos han fallecido por haberse atrevido a cuestionar las creencias y los prejuicios mayoritarios en su comunidad? Y no estamos hablando de sociedades primitivas, ni siquiera del pasado. Hoy en día, por ejemplo, siguen suicidándose homosexuales conscientes de que la homofobia comunitaria hará de sus vidas un infierno. Seguimos viendo exiliados y refugiados por negarse a compartir las ideas de su pueblo en materia de religión o por no pertenecer a la etnia predominante en un lugar. Las críticas más o menos abiertas, el vacío social a su alrededor y la imposibilidad de tener una vida propia siguen persiguiendo a todos quienes sean *anormales* por cualquier razón.

Incluso la vida privada está amenazada, y no solo por políticos corruptos y oportunistas que aprovechan los prejuicios del pueblo para limitar los derechos de las minorías y asentar su propio poder apoyados en el populismo, que no es sino la cara política del totalitarismo horizontal. Gracias al desarrollo de los medios de vigilancia y control recíprocos que ofrecen las tecnologías de la información, pronto recibiremos puntuación y, a continuación, castigos y recompensas según la opinión que tengan de nosotros nuestros vecinos, nuestra comunidad. A nadie le interesará ser original, extravagante o creativo, porque eso



El totalitarismo horizontal en la vida y en la literatura

podría indisponer a la masa de personas que nos juzga cada momento. Es verdad que ya lo hacía, pero solo podía actuar una vez alcanzado

Incluso la vida privada está amenazada, y no solo por políticos corruptos y oportunistas que aprovechan los prejuicios del pueblo para limitar los derechos de las minorías y asentar su propio poder apoyados en el populismo, que no es sino la cara política del totalitarismo horizontal.

un umbral, a partir del cual las personas se convierten en masa agente, tal como explicó Gustave Le Bon en *Psychologie des foules* [*Psicología de las multitudes*] (1895). Gracias a la tecnología y al instinto gregario del animal humano, la «solidaridad mecánica» descrita a su vez por Émile Durkheim en *De la division du travail social* [*La división social del trabajo*] (1893), de las comunidades cerradas tradicionales podría volver a tener incluso mayor fuerza represiva de la que ha tenido durante milenios. Es verdad que internet ha sido y sigue siendo una potente herramienta liberadora de la personalidad y la creatividad individuales. Cualquiera puede proponer cualquier cosa en la web, y también oponerse a cualquier cosa. Pero, por otra par-

te, cabe preguntarse cuántos no se callan y ocultan sus convicciones por temor a linchamientos mediáticos en Facebook o Twitter. Y sabemos de numerosos niños y adolescentes que se han suicidado para escapar del ciberacoso de sus compañeros de clase o de barrio. El acoso social es una potente arma del totalitarismo horizontal que internet no ha desactivado; hasta diríase que ha intensificado su potencia, porque internet facilita que se multiplique el número de acosadores.

El peligro parece tanto mayor por cuanto ni escritores, ni intelectuales parecen querer hoy denunciarlo. Al contrario, la idealización moderna y postmoderna de todo tipo de sociedades cerradas, desde la tribu primitiva hasta la aldea rural, ha inspirado numerosas textos que condenan precisamente el único lugar donde el individuo puede escapar en cierta medida al totalitarismo horizontal, esto es, la gran ciudad moderna en la que imperan la libertad política, económica y de costumbres. En la ciudad, no es posible que todo el mundo te conozca y te controle. A diferencia de la tribu o de la aldea, en la que todos saben todo de todos, nadie tiene por qué saber nada de ti y, por lo tanto, puedes llevar tu vida sin temor a las críticas y los ataques de los demás miembros de la comunidad. Nadie te mirará mal porque no asistas a misa ni creas en el Dios o dioses que mande la aldea o la tribu, porque hagas el amor de forma condenada por la moralidad comunitaria imperante, porque no creas que tu nacionalidad es superior a la de los extranjeros. Salvo el preceptivo cumplimiento de las leyes y el respeto recíproco que exige la convivencia pacífica, la persona es soberana y ha dejado de ser un mero componente de un cuerpo social mecánico que anula su libre albedrío, su inventiva, su individualidad. Sin embargo, hoy en día vemos que los primeros que deberían estar interesados por preservar esa individualidad suya, ya que de ella depende su escritura, son quienes publican sin parar distopías en las que ya no se describe, como en las distopías



El totalitarismo horizontal en la vida y en la literatura

modernas clásicas, el funcionamiento del totalitarismo vertical, que aún existe hoy, aunque sea en países marginales como Corea del Norte o Eritrea. En nuestros tiempos postmodernos, lo que está de moda es criticar las sociedades abiertas y el sistema liberal en política y economía. Hasta hay quien ha escrito distopías antiturísticas, porque los turistas representarían una amenaza a la integridad étnica o a la autarquía económica, esto es, a dos ideales que subyacen a las sociedades tradicionales, cuya cerrazón es lo más contrario que puede existir a la globalización y al cosmopolitismo genuino que implica. Entre los intelectuales hegemónicos hoy en el mundo académico y en la práctica literaria utópica, parece predominar, en cambio, un *multiculturalismo* que no es otra cosa sino una tentativa de perpetuar la diferenciación estricta entre civilizaciones, de modo que la supuesta igualdad cultural entre ellas justificaría mantenerlas como si fueran compartimentos estancos, preservando de esa manera los totalitarismos horizontales de cada una. El relativismo cultural lleva a condenar cualquier cambio que cuestione esa pureza totalitaria de la comunidad de que se trate. Lo importante es la colectividad y, para los culturalistas, no tiene nada de malo si esta configura la mente de sus miembros hasta hacerlos aceptar que está bien lapidar a mujeres adúlteras, esclavizar a miembros de otras comunidades o comerse a los prisioneros de guerra. Cualquier cosa es mejor que el individualismo y el humanismo liberales, términos hoy convertidos en insultantes para los postmodernos que dictan lo que es políticamente correcto desde sus recintos universitarios norteamericanos a las universidades y creadores de opinión de las regiones culturalmente americano-dependientes.

Para ellos, comparada con los supuestos horrores modernos tales como la urbanización y la dificultad de entablar relaciones humanas en la ciudad anónima, sería mejor la comunidad primitiva que garantizaba que todos

se conocieran y, comparada con la producción capitalista y su exigencia de competencia en todos los sentidos de la palabra, lo sería también una economía básica de subsistencia que

El acoso social es una potente arma del totalitarismo horizontal que internet no ha desactivado; hasta diríase que ha intensificado su potencia, porque internet facilita que se multiplique el número de acosadores.

eliminaba la explotación recíproca, pero también la emulación innovadora; a la oferta de bienes de consumo cada vez más variados que reclaman atención y decisiones, se prefiere la sana frugalidad debida a la limitación de los recursos naturales, incluso en las mejores circunstancias; frente a la promiscuidad sexual facilitada por el mayor número de parejas potenciales y la menor vigilancia de la vida privada, el relativismo cultural no ve inconveniente en los matrimonios patriarcales forzosamente bien avenidos; frente a la complejidad de la administración de tan alto número de personas y su lejanía de los administrados, se alaba la sencillez de la toma de decisiones colectivas por consenso (normalmente solo de los varones); frente al cosmopolitismo y la variedad étnica y cultural que dificultan la identificación exclusiva del individuo con su comunidad y le permiten elegir identidades como si fueran mercancías de consumo, se aduce la seguridad del mono-



El totalitarismo horizontal en la vida y en la literatura

lingüismo y el abrigo de una religión propia y común, con la conciencia clara del tribu o pueblo al que se pertenece. Todo ello justificaría la alabanza implícita o explícita de la solidaridad mecánica de las sociedades tradicionales, en las que todos obran igual, porque todos piensan, o deben pensar, igual.

Cualquier cosa es mejor que el individualismo y el humanismo liberales, términos hoy convertidos en insultantes para los postmodernos que dictan lo que es políticamente correcto desde sus recintos universitarios norteamericanos a las universidades y creadores de opinión de las regiones culturalmente americano-dependientes.

En cambio, muy escasos parecen haber sido los escritores que han abordado la opresión del individuo disidente por el totalitarismo horizontal de la comunidad primitiva y tradicional. En la literatura distópica propiamente dicha, apenas si hay ejemplos de descripciones complejas del funcionamiento de esa clase de totalitarismo. En el marco de los movimientos anarquistas, que pretenden acabar

con toda institución vertical para que la organización horizontal sea omnicomprendiva y, por ende, total(itaria), se pueden recordar anarquistas integrales que han advertido, mediante la ficción, del peligro para el individuo y el desarrollo tecnológico y cultural que representaría el conformismo impuesto horizontalmente por la comunidad ácrata. Un ejemplo supremo de ello es el destino del científico descubridor de un dispositivo de comunicación interestelar instantánea en la novela *The Dispossessed* [*Los desposeídos*] (1974), de Ursula K. Le Guin. La reacción de la utópica sociedad anarquista en la que vive es tan negativa que se ve obligado a exiliarse a otro planeta, como tantas personas han tenido que escapar de sus aldeas mentalmente cerradas para no acabar siendo apedreadas.

De hecho, el totalitarismo horizontal ha sido descrito en la literatura occidental sobre todo en el medio rural, que no siempre ha sido sometido a la idealización con que los (post)modernos han solido afrontar la vida en las tribus estudiadas por antropólogos y escritores incapaces de superar el tópico del *buen salvaje*. La aldea tradicional europea y su opresiva solidaridad mecánica han protagonizado sobre todo novelas que utilizan una técnica de representación realista escritas principalmente entre 1850 y 1960, cuando tanto el progresismo positivista como el marxista eran conscientes de que la modernización y el desarrollo eran imposibles si no se rompía con las inercias y la alergia al cambio imperantes en el agro más tradicionalista. Estos escritores entraron así en polémica con los defensores de las sociedades tradicionales cerradas, aquellas en las que no se cuestionaba una religiosidad arcaica ritual como fenómeno colectivo más que ligado a la conciencia de cada uno, ni el patriarcalismo de las costumbres, ni la pureza étnica de unos campesinos depositarios de las esencias nacionales, en contraste con los descastados extranjeros de las ciudades. En un contexto en que la acción del Estado moderno y de sus leyes pene-

El totalitarismo horizontal en la vida y en la literatura

traba gradualmente en el campo, en que la influencia urbana se hacía notar en la progresiva libertad y diversidad de ideas y costumbres, los autores de distopías rurales supieron narrar con expresivo realismo la manera en que los aldeanos podían recurrir a la represión colectiva contra aquellos que percibían como contrarios a una solidaridad mecánica amenazada por el individualismo liberal y la nueva organización capitalista. En Francia, puede mencionarse la novela *Les Paysans* [*Los campesinos*] (1855), de Honoré de Balzac, que es la historia de la tentativa de un forastero acaudalado de instalarse en un pueblo tras comprar una mansión y la finca agrícola correspondiente y que acaba por marcharse, porque tanto los notables de la localidad como los campesinos se oponen a su presencia y sus actividades productivas, incluso por medios criminales. En España, una reacción colectiva similar se describe en *La barraca* (1898), de Vicente Blasco Ibáñez, acerca de una familia muy pobre que, para sobrevivir, se instala en una pequeña granja declarada prohibida por la gente de la aldea y que también debe marcharse tras quemársela sus vecinos. Una historia similar narra el belga Maurice des Ombiaux en *Le Maugré* [El malgrado] (1911). En Suiza, Gian Fontana muestra también, en «Il president da Valdei» [El alcalde de Valdei] (1935), la manera en que la xenofobia aldeana defiende violentamente la homogeneidad de la comunidad con tal fanatismo que hasta prefiere destruirse a sí misma antes que abrirse al mundo; en esta novela corta romanche el incendio provocado de la casa que han alquilado unas familias nómadas se propaga, y acaba ardiendo todo el pueblo. En Italia y Rumanía, el cuento de Giovanni Verga titulado «Libertà» [Libertad] (1882) y la novela *Răscola* [*La sublevación*] (1932), de Liviu Rebreanu, son algo más que historias de rebeliones campesinas. En ambas, la ciega violencia de las masas ilustra el carácter instintivo de una solidaridad mecánica aldeana que se manifiesta mediante una violencia colectiva

En un contexto en que la acción del Estado moderno y de sus leyes penetraba progresivamente en el campo, en que la influencia urbana se hacía notar en la progresiva libertad y diversidad de idea y costumbres, los autores de distopías rurales supieron narrar con expresivo realismo la manera en que los aldeanos podían recurrir a la represión colectiva contra aquellos que percibían como contrarios a una solidaridad mecánica amenazada por el individualismo liberal y la nueva organización capitalista.

irracional (y contraproducente) contra los propietarios rurales y sus administradores, a



El totalitarismo horizontal en la vida y en la literatura

quienes perciben como elementos extraños a la comunidad. Por lo tanto, deben ser extirpados de ella con saña parecida a la que extirpan a los pobres individuos en su seno que también ven como extraños por su físico, por ejemplo, un enanito en el cuento portugués «O anão» [*El enano*] (1893, de Fialho de Almeida, o por su comportamiento, como los ancianos a quienes apedrean en un pueblo catalán por haberse casado a su propecta edad en «Idil li xor» [Idilio yermo] (1902), de Víctor Català. A estos ejemplos realistas podrían añadirse «The Lottery» [*La lotería*] (1948), de Shirley Jackson, que es una magistral parábola gótica acerca del carácter expiatorio de la justicia colectiva en las sociedades sujetas a la solidaridad mecánica, y *Der Besuch der alten Dame* [*La visita de la vieja dama*] (1956), de Friedrich Dürrenmatt, una obra dramática que ilustra la manera en que el totalitarismo horizontal de una comunidad puede ser atizado y aprovechado por elementos externos para eliminar a determinadas personas.

Todas estas ficciones, clásicos modernos todas ellas, nunca han sido estudiadas como un conjunto temático que desmonta los mecanismos del totalitarismo horizontal con la misma penetración y maestría con que las distopías

clásicas de anticipación, tales como las de Yevgueni Zamiatin o George Orwell, lo han hecho con el totalitarismo vertical. Pero, ¿cómo podrían haberse estudiarse desde este punto de vista si el concepto mismo de totalitarismo horizontal es prácticamente algo desconocido, más allá de los estudios sobre la psicología de las multitudes, que suelen limitarse por lo demás a los raros momentos de paroxismo en que las masas se convierten en actantes colectivos (manifestaciones violentas, linchamientos, etc.)? Quizá la razón de ello sea que nuestro espíritu gregario es tan potente que ni siquiera nos damos cuenta de su existencia ni de sus terribles efectos. A veces, en nombre de la integración y la igualdad/uniformidad, ni dudamos en tratar cruelmente a los disconformes y *anormales*. Milenios de religiosidad excluyente, siglos de nacionalismo igualmente excluyente y una eternidad de prejuicios colectivos nos han insensibilizado tal vez. Quizá ya es hora de que la razón y la conciencia recobren sus luces, en la vida y en la literatura, frente a los oscurantismos comunitarios de índole totalitaria que parecen seguir dictando al menos una parte de nuestra manera de pensar y nuestro comportamiento en Europa y en el mundo entero.